

## CUESTION CXVII.

## De lo perteneciente á la accion del hombre (1).

Debemos considerar ahora las cosas que pertenecen á la accion del hombre, que es compuesto de criatura espiritual y corporal: tratarémos en primer lugar de la accion del hombre, y despues de la propagacion del hombre por el hombre. Acerca de lo primero se nos presentan cuatro puntos: 1.º Un hombre puede enseñar á otro, produciendo en él la ciencia? 2.º El hombre puede enseñar al ángel? 3.º Puede el hombre por la virtud de su alma mudar la materia corporal? 4.º El alma del hombre separada puede mover los cuerpos localmente?

## ARTÍCULO I. — Puede un hombre enseñar á otro? (2)

1.º Parece que un hombre no puede enseñar á otro; porque dice el Señor (Matth. 23, 8): *no queráis ser llamados Rabbí*, sobre lo cual dice la glosa de San Jerónimo (3) (in Matth. hom. 43): «No sea que tributeis honor divino á los hombres». Luego ser maestro pertenece al honor divino. Es así que enseñar es propio del maestro: luego el hombre no puede enseñar, por ser esto propio de Dios.

2.º Si un hombre enseña á otro; esto no se verifica, en cuanto obra por su ciencia,

para ser causa de la ciencia en otro. Es así que la cualidad, por la que alguno obra para producir lo semejante á él, es cualidad activa; luego síguese que la ciencia es cualidad activa, como el calor.

3.º Para producir la ciencia, se requiere la luz inteligible y la especie de la cosa entendida. Pero ninguna de estas cosas puede producir el hombre en otro hombre. Luego un hombre enseñando no puede ser causa de la ciencia en otro.

4.º El maestro nada obra sobre el discípulo, sino ofreciéndole algunos signos, ya sea que espese su idea por medio de palabras, ó ya por ademanes. Pero, ofreciéndole signos ó señales, no puede uno

(1) Véase la nota 1, pág. 900.

(2) Increíble parece haya habido quien negase la posibilidad, como ni la necesidad y utilidad, de la enseñanza de hombre á hombre, no siendo otro el principal objeto y fin del don de la palabra que el de transmitir uno á otro sus pensamientos y afectos. ¿Qué otra cosa hace el que habla, sino instruir ó enseñar á los que le oyen en lo que él mismo piensa, siente y quiere, ó comunicarles lo que sabe? Pues sin embargo no han faltado quienes negaron verdades tan palmarias, y que bien pueden calificarse de axiomáticas, como en efecto las consideraron los concilios Lateranense en tiempo de Alejandro III (p. 1, c. 18; y p. 2, c. 17) y Tridentino (ses. 25. de reformat.), al intimar ó disponer la provision de maestros y cátedras para la enseñanza de los fieles y especialmente de los pobres, no solo en lo concerniente á la fe y las costumbres, sino tambien en otras nociones y ramos útiles á la vida por muchos conceptos; condenando en el hecho mismo los errores y pretensiones de los que, para esterminar el cristianismo y dar al olvido sus doctrinas, han llevado su odio escéptico á la verdad y su propagacion hasta el extremo de quemar las bibliotecas y cerrar las escuelas, persiguiendo con saña á sus profesores, y esforzándose por borrar de la mente de los hombres toda noción religiosa y moral y áun los rudimentos científicos de todo género. El emperador Licinio decia que «las letras deben llamarse ponzoña y peste»; Quintín que «debieran abolirse, ateniéndonos solo al espíritu vivificante»; y

Wicleff (condenado por el Concilio de Constanza, ses. 8) que «los estudios generales, universidades, colegios, grados y magisterios han sido introducidos en la Iglesia de Dios por el Papa y los obispos por vana gentilidad, y que no la son más provechosos que el diablo». Y áun se insiste en tildar de oscurantismo y de persecucion contra la verdad y la ciencia á los católicos! que á millares se dejaron degollar y quemar vivos, por no entregar los Libros santos; y que en los siglos de decadencia científica y literaria se dedicaban en sus retiros claustrales y hasta en los calabozos y hediondas prisiones á reproducir con inaudita paciencia y solícito estudio tantas preciosidades, como hoy se admiran y son buscadas y pagadas á peso de oro; sin cuyos asombrosos trabajos hubiéranse perdido por completo no pocos tesoros de saber, con que hoy se envanecen muchos de esos mismos, que denigran por estacionaria y retrógrada á la Iglesia, institutora de los más célebres y fecundos centros de instruccion. Nótese bien los dos recursos ú oficios del maestro insinuados en la *Conclusion*, los mismos que asigna Balmes en su precioso *Criterio* como propios de un digno y celoso profesor.

(3) No se encuentra tal testo en las obras de San Jerónimo, ni áun en los ejemplares manuscritos, como el antiguo de que usó Santo Tomás, ni en los góticos: de donde está tomado es de la obra citada en el testo, incompleta y de autor desconocido; aunque Raban la atribuye al Crisóstomo, quizá sin fundamento critico suficiente.

enseñar á otro, produciendo en él la ciencia; porque ó le propone signos de cosas conocidas, ó ignoradas. Si son conocidas, ya tiene la ciencia, y no la adquiere del maestro; y, si son ignoradas, por semejantes signos nada aprende: como, si algun latino propusiera á otro palabras griegas, cuya significacion desconociera, no le podría enseñar por este medio. Luego de ningun modo un hombre puede enseñando á otro producir la ciencia en él.

Por el contrario, dice San Pablo (1 Tim. 2, 7): *en lo que yo he sido puesto por Predicador y Apóstol, doctor de las gentes en fe y verdad* (1).

**Conclusion.** — *Admitiendo que puede un hombre enseñar á otro, el que enseña produce la ciencia en el que aprende, haciéndola pasar de la potencia al acto; ya proponiéndole medios conducentes al conocimiento de la verdad ignorada; ya confortando su entendimiento, de modo que pueda deducir de los principios sus conclusiones.*

Responderémos, que acerca de esta cuestion hubo diversas opiniones. Porque Averroés (Comment. 3, de anima) supuso que habia un solo entendimiento posible de todos los hombres, segun dijimos (C. 76, a. 1 y 2; y C. 79, a. 5); y por lo tanto que las mismas especies inteligibles eran comunes á todos. Siguiendo este razonamiento, supuso que un hombre por la enseñanza no produce en otro otra ciencia distinta de la que él mismo tiene; sino que le comunica la ciencia misma, que él posee, moviéndole á coordinar las imágenes en su alma, á fin de que estén dispuestas convenientemente para la percepcion inteligible. Lo que hay de cierto en esta opinion es que la misma ciencia hay en el discípulo que en el maestro, si se considera la identidad con relacion á la unidad (2) de la cosa sabida, pues la misma verdad real es la que conocen el discípulo y el maestro; pero en cuanto á suponer que es uno mismo el entendimiento posible de todos los hombres, y las mismas sus especies inteligibles, dife-

rentes únicamente por la diversidad de imágenes, es falsa su opinion, segun queda probado (C. 76, a. 1 y 2; y C. 79, a. 5). Otra es la opinion de los platónicos, quienes supusieron que la ciencia es innata desde el principio en muchas almas por la participacion de las formas separadas, segun lo espuesto (C. 84, a. 3 y 4): pero que el alma por su union al cuerpo no puede considerar libremente y sin obstáculo las cosas, cuya ciencia tiene; y segun esto el discípulo no recibe del maestro una ciencia nueva, sino que es escitado por él á reflexionar sobre las cosas, cuya ciencia ya posee, de suerte que así aprender no es otra cosa que recordar (3). Así tambien suponian que los agentes naturales tan solo disponen á la recepcion de las formas, que la materia corporal adquiere por la participacion de las especies separadas; y en contra de esto hemos demostrado (C. 79, a. 2; y C. 84, a. 3 y 4) que el entendimiento posible del alma humana está en potencia pura relativamente á las cosas inteligibles, segun tambien lo dice Aristóteles (De anima. l. 3, t. 14). Por lo tanto debemos decir que *el que enseña produce la ciencia en el que aprende, haciéndole pasar de la potencia al acto*, como se espresa el filósofo (Phys. l. 8, t. 32). Para evidenciarlo debemos considerar que entre los efectos producidos por un principio exterior, alguno procede exclusivamente de este principio, como la forma de una casa es producida en la materia tan solo por el arte; mas hay algun efecto, que procede ya de un principio exterior, ya de uno interior, como la salud es producida en el enfermo unas veces por un principio esterno, cual es la ciencia médica, y otras por uno interno, como cuando alguno sana por virtud de la naturaleza. En tales efectos debemos considerar dos cosas: 1.ª que el arte imita en efecto á la naturaleza en sus operaciones; porque, asi como la naturaleza sana al enfermo alterando, dirigiendo (4) y espeliendo la materia pro-

(1) Lo propio aparece en varios otros lugares de sus cartas (1 Cor. 4, 17; 7, 17; y 14, 33; Colos. 1, 28; Rom. 12, 7; Ephes. 4, 11; 1 Tim. 3, 3; y 4, 11; 2 Tim. 2, 3; ...), que pueden consultarse.

(2) *Unitatem*: en algunas ediciones léese *veritatem* (la verdad), el fondo del pensamiento en sí mismo, la realidad

única.

(3) Hé aquí la teoria de las ideas innatas, tan ponderada por Descartes y su escuela, pero llevada hasta la exageracion por la fuerza misma de la lógica; lo que la hace más inaceptable aún y ostensiblemente errónea.

(4) Nicolai pone *digerendo* (digiriendo).

ductora de la enfermedad; lo propio hace el arte; 2.<sup>a</sup> que el principio exterior, es decir, el arte no obra como principal agente, sino como coadyuvante del mismo, que es el principio interno, confortándole y suministrándole los instrumentos y auxilios, de que se vale la naturaleza para producir su efecto; como el médico fortalece la naturaleza, y la propina alimentos y medicinas, de las que usa la naturaleza para lograr el fin propuesto. El hombre empero adquiere la ciencia ya por un principio interno, como sucede en el que la adquiere por su propia investigación, ya por un principio externo, cual se observa en el que aprende: porque es inherente á cada hombre cierto principio de ciencia, es decir, la luz del entendimiento agente, por el cual se conocen desde luego al principio naturalmente ciertos universales principios de todas las ciencias. Mas cuando alguno aplica estos principios universales á algunos objetos particulares, de los cuales tiene memoria y esperiencia por el sentido; adquiere por su propia investigación la ciencia de los que ignoraba, procediendo de lo conocido á lo desconocido. Así es que todo el que enseña, por las cosas que el discípulo conoce, le lleva al conocimiento de las que ignoraba; segun lo que dice Aristóteles (Post. 1. 1) que «toda doctrina y toda enseñanza se funda en el conocimiento preexistente.» El maestro conduce al discípulo de las cosas conocidas anteriormente al conocimiento de las desconocidas de dos maneras: 1.<sup>a</sup> suministrándole algunos auxilios ó instrumentos, de los que pueda valerse el entendimiento del discípulo, para adquirir la ciencia; v. gr. cuando le indica algunas proposiciones menos universales, las que sin embargo el discípulo puede discernir por las que ya conoce con anterioridad; ó le propone algunos ejemplos sensibles, semejanzas, contrarios y otros medios análogos, por los que el entendimiento del alumno es conducido como por la mano al conocimiento de la verdad desconocida: 2.<sup>a</sup> fortaleciendo su entendimiento, no por una virtud activa como de naturaleza superior, segun se ha dicho al tratar de la iluminación de los ángeles (C. 106, a. 6; y C. 111, a. 1), porque todos los enten-

dimientos humanos tienen un mismo grado en el orden de la naturaleza; sino en cuanto propone al discípulo el enlace de los principios con las conclusiones, que tal vez no tendría por sí mismo tanta virtud comparativa que pudiese deducir de los principios las consecuencias. Por lo cual dice Aristóteles (Poster. 1. 1, c. 5) «que la demostración es el silogismo, que hace saber»; y de este modo el que demuestra alguna cosa hace al oyente sabedor.

Al argumento 1.<sup>o</sup> contestaremos que segun lo dicho el hombre, que enseña, cumple solamente un ministerio externo, como el médico cuando sana; pero, así como la naturaleza interna es la principal causa de la curación, así también la luz interior del entendimiento es la causa principal de la ciencia. Una y otra provienen de Dios: y, así como se dice de él (Ps. 102, 3) que sana todas sus enfermedades; así también se dice (Ps. 93, 10) que enseña al hombre la ciencia, en el sentido de que llevamos impresa en nosotros la luz de su rostro divino, por la cual se nos manifiestan todas las cosas.

Al 2.<sup>o</sup> que el maestro no produce la ciencia en el discípulo al modo de agente natural, como objeto Averroés (De anima. 1. 3, comment. 5): de donde no se deduce que la ciencia sea cualidad activa (1); sino que es un principio, por el cual es dirigido alguno en el obrar.

Al 3.<sup>o</sup> que el maestro no causa la luz inteligible en el discípulo, ni directamente las especies inteligibles; sino que le mueve por sus lecciones á que él mismo por la virtud de su entendimiento forme las concepciones inteligibles, que él le representa por signos exteriores.

Al 4.<sup>o</sup> que los signos, de que el maestro se sirve para instruir al discípulo, son de cosas conocidas en general y con cierta confusión, y en cuanto á las desconocidas en particular y con cierta distinción: por lo cual, cuando alguno adquiere la ciencia por sí mismo, no puede decirse que se enseña á sí mismo ó que es su propio maestro; porque no preexiste en él la ciencia completa, cual se requiere en el maestro.

(1) Por la que el agente obra para producir lo semejante á sí mismo, segun ya queda explicado.

## ARTÍCULO II. — Pueden los hombres (1) enseñar á los ángeles?

1.<sup>o</sup> Parece que los hombres pueden enseñar á los ángeles; porque dice San Pablo (Ephs. 3, 10): *Para que la multiforme sabiduría de Dios sea notificada por la Iglesia á los Principados y Potestades en los cielos.* Es así que la Iglesia es la congregación de los hombres fieles. Luego los ángeles aprenden algunas cosas de los hombres.

2.<sup>o</sup> Los ángeles superiores, que son iluminados inmediatamente por Dios sobre las cosas divinas, pueden instruir á los inferiores, como se ha dicho (C. 106, a. 1 y 3). Pero algunos hombres han sido instruidos inmediatamente por el Verbo de Dios acerca de las cosas divinas, como lo fueron principalmente los Apóstoles, segun dice San Pablo (Hebr. 1, 2): *recientemente en estos días nos ha hablado por el Hijo.* Luego algunos hombres pudieron (2) enseñar á algunos ángeles.

3.<sup>o</sup> Los ángeles inferiores son instruidos por los superiores. Pero algunos hombres son superiores á algunos ángeles, puesto que pueden ser elevados hasta los órdenes supremos de los ángeles (3), como dice San Gregorio (Hom. 34 in Evang.). Luego algunos ángeles inferiores pueden ser instruidos en las cosas divinas por algunos hombres.

Por el contrario, dice San Dionisio (De div. nom. c. 4, part. 1, l. 1) que «todas las iluminaciones llegan á los hombres por medio de los ángeles». Luego estos son instruidos por los hombres en las cosas divinas.

**Conclusion.** *Así como los ángeles inferiores nunca pueden iluminar á los superiores; así tampoco los hombres viadores pueden iluminar á los ángeles, aunque sí manifestarles por el lenguaje sus pensamientos.*

**Responderemos,** que segun lo dicho (C. 107, a. 2) los ángeles inferiores pue-

(1) En su estado de viadores, debe entenderse, segun hace observar el Card. Cayetano y se colige del arg. 3.<sup>o</sup> y su solución. En cuanto á los hombres bienaventurados en el cielo, aunque aquí nada dice Santo Tomás, puede inferirse su opinión confrontando su doctrina aquí sentada con la que deja espuesta en la C. 106, a. 3, y en la C. 108, a. 8.

(2) *Potuerunt*: Nicolai rectifica, poniendo *possunt* (pueden); lo que en efecto parece más en consonancia con el contexto y el objeto de la tesis y con las conclusiones de los otros argumentos; y sin embargo no lo conceptuamos razon bastante,

den ciertamente hablar á los superiores, manifestándoles sus pensamientos; pero acerca de las cosas divinas los ángeles superiores jamás son iluminados por los inferiores. Es sin embargo evidente que del mismo modo que los ángeles inferiores están subordinados á los superiores, los hombres más eminentes lo están á los ángeles ínfimos, segun aparece de estas palabras del Señor (Math. 11, 11): *entre los nacidos de mujeres no se levantó mayor que Juan el Bautista; mas el que menos es en el reino de los cielos (4) mayor es que él.* Así pues los hombres nunca iluminan á los ángeles sobre las cosas divinas; pueden sin embargo manifestarles por medio del lenguaje los pensamientos de sus corazones; porque saber los secretos del corazón es propio de solo Dios.

Al argumento 1.<sup>o</sup> diremos, que San Agustín (Super. Gen. ad. litt. 1. 5, c. 19) espone de esta manera aquel pasaje del Apóstol. Este habia dicho (5) *á mí, que soy el más pequeño de todos los santos, me ha sido dada la gracia de iluminar á todos, que es la dispensación de este sacramento oculto desde los siglos en Dios.* Así digo escondido, pero de tal suerte que la multiforme sabiduría de Dios fuese conocida de los Principados y Potestades en los cielos por medio de la Iglesia (6); como si dijera: este misterio estaba oculto á los hombres, á fin de que fuese conocido desde los siglos y no antes de los siglos á la Iglesia celestial representada en los Principes y Potestades; porque la Iglesia existió primitivamente allí, donde despues de la resurrección se ha de congregarse también esta Iglesia de los hombres. Puede también interpretarse de otro modo, que lo que está escondido, no se manifiesta solamente en Dios á los ángeles, sino que además se les deja conocer aquí, al realizarse y predicarse, como añade el mismo San Agustín (ibid.): y así, cuando fueron cumplidos por medio

para separarnos de la unanimidad de las ediciones, inclusa la tan esmerada de Nápoles de 1763, en la que se anota y como propone la variante, conservando no obstante *potuerunt* en el texto.

(3) Véase la C. 108, a. 8.

(4) Es decir, el menor de los ángeles segun la interpretación de San Agustín (Cont. adversar. legis. 1. 2, c. 5), San Ambrosio (1. 5 in Luc.), San Jerónimo y el V. Beda (in Math.).

(5) Ephes. 3, 8 y 9.

(6) Ephes. 3, 10.

de los apóstoles los misterios de Cristo y de la Iglesia, los ángeles tuvieron algun conocimiento de estos misterios, que ántes les estaba oculto. En este sentido puede entenderse lo que dice San Jerónimo (Epist. ad Ephes. c. 4) que «hay misterios, que los ángeles conocieron» por la predicacion de los apóstoles; puesto que esta predicacion era el cumplimiento de los mismos misterios en la realidad del hecho: así como por las predicaciones del apóstol San Pablo se convertían los gentiles, que es de lo que habla allí el Apóstol.

Al 2.º que los apóstoles eran instruidos inmediatamente por el Verbo de Dios, no segun su divinidad, sino en cuanto hablaba su (1) humanidad. Luego el razonamiento no es concluyente.

Al 3.º que algunos hombres áun en el estado de la vida presente son superiores á algunos ángeles (2), no ciertamente en acto, sino en virtud; en el sentido de que tienen tal virtud de caridad, que pueden merecer mayor grado de bienaventuranza que la que algunos ángeles tienen; así como decimos que la semilla de un árbol grande es mayor virtualmente que algun árbol pequeño (3), aunque sea menor en acto.

#### ARTÍCULO III. — Puede el hombre por la virtud de su alma alterar la materia corporal? (4)

1.º Parece que el hombre puede por

(1) Eius: Nicolai propone eis (les hablaba la Humanidad).

(2) Véase la nota 1, pág. 919.

(3) En cuanto sembrada y germinando puede brotar de ella un árbol más corpulento que un arbusto ó árbol pequeño, una vez que haya adquirido todo su natural desarrollo: una bellota, por ejemplo, mucho más pequeña en sí y en acto que un sauce, es virtualmente ó en potencia mayor que él, por cuanto puede producir un roble ó una encina de mayores dimensiones que las del sauce mismo.

(4) Este asunto es muy análogo al del a. 3. C. 110, que por lo mismo conviene releer. Segun Algazel (á quien sustancialmente sigue tambien Avicena, segun se colige de la solución al arg. 2.º) «la influencia del alma humana sobre los cuerpos» estraños á ella llega por su excitacion y fascinacion hasta poder destruirlos ó privarles de la vida. Error condenado como opuesto á la fe, segun ya queda dicho en la nota 1, página 868.

(5) Tomada de los Comentarios de Pedro Lombardo; quien, despues de explicar las llamadas fascinaciones por el artificio prestidigitador de los hechiceros ó magos, que hacen aparecer las cosas cuales no son, añade que «tambien llama el vulgo» fascinacion al mal de ojo, que dicen las gentes sencillas produce en los niños demacacion y otros nocivos efectos por la «mirada candente de ciertos hechiceros»; y San Jerónimo dice que «solo en el lenguaje trivial se usa ó entiende por fascinacion el daño causado por la mirada maligna en los

virtud de su alma modificar la materia corporal; porque dice San Gregorio (Dialog. 2, 30) que «los Santos hacen milagros algunas veces por medio de la oracion; otras por su poder, como San Pedro que resucitó á Tabita orando, é hizo morir á Ananías y Safira increpándoles por haber mentido». Es así que en la operacion de milagros se verifica alguna alteracion de la materia corporal. Luego los hombres por virtud de su alma pueden inmutar la materia corpórea.

2.º A propósito de estas palabras de San Pablo (Galat. 3): *Quién os ha fascinado, para no obedecer á la verdad?* dice la glosa (ordin. (5)) que «algunos tienen ojos abrasadores, que con sola su mirada hechizan á otros y más principalmente á los niños». Pero esto no sucedería, si la virtud del alma no pudiese alterar la materia corporal. Luego el hombre por la virtud de su alma puede modificar dicha materia (6).

3.º El cuerpo humano es más noble que los otros cuerpos inferiores. Es así que por la aprension del alma humana el cuerpo del hombre (7) experimenta cambios de calor ó frío, como sucede á los que se irritan ó temen, y hasta algunas veces esta alteracion produce la enfermedad y la muerte. Luego con mayor razon el alma humana puede por su virtud cambiar la materia corporal.

Por el contrario, dice San Agustin (De Trin. l. 3, c. 8) que «la materia corporal

» niños, que aún no andan solos», aludiendo sin duda al origen etimológico de la voz *fascinatio*, derivada inmediatamente de *Fascinus* (deidad protectora de los niños), la que á su vez se formó de *fascia* (faja ó envoltorio). Virgilio habla en sus bucólicas de «no sabia que ojo, que le fascinaba sus tiernos coros» *nescio quis teneros oculus mihi fascinat agnos*, en boca de un pastor; y Plutarco (*Sympos. l. 5, q. 7*) censura á los que ridiculizaban como puerilidades la creencia vulgar aludida, diciendo que «él mismo y muchos otros habian notado dichos efectos de la fascinacion, no solo en varios párvulos, sino tambien en personas adultas en una comarca próxima al Ponto»; así como Plinio (*Hist. natur. l. 7, c. 2*) menciona «ciertas familias africanas y de la Iliria, cuyos individuos mataban con la vista á los niños», atribuyéndolo á causas análogas á las que aquí explica Santo Tomás en la solución, fundándose en Aristóteles: todo lo cual no carece por lo comun de peligrosa supersticion.

(6) Véase la nota 3, pág. 869.

(7) Mismo; no en el de otros, al menos sin la previa y notable inmutacion del que así influye en otros, amedrentándolos con sus gesticulaciones ó ademanes y en especial con su centelleante mirada fija y penetrante; cual se observa hoy en los magnetizadores y hasta en los padres ó jueces ó maestros, que fácilmente se imponen y aterran á los niños ó reos ó discípulos.

» obedece solamente al arbitrio (*ad nutum*) de Dios».

Conclusion. *El hombre no puede por la virtud de su alma transformar la materia corpórea, sino mediante algun cuerpo.*

Responderémos, que segun lo dicho (C. 110, a. 2) la materia corporal no cambia de forma sino ó por algun agente compuesto de materia y forma, ó por el mismo Dios, en el cual preexisten virtualmente tanto la materia como la forma, como en la causa primordial de una y otra. Por esto mismo hemos dicho de los ángeles (ibid.) que no pueden modificar la materia corporal, sino aplicando agentes corporales, para producir algunos efectos (1): *luego mucho ménos el alma por su virtud natural puede modificar la materia corporal, no siendo por la mediacion de algunos cuerpos.*

Al argumento 1.º contestarémos que se dice que los Santos hacen milagros por el poder de la gracia, no de la naturaleza; lo cual se deduce de las palabras de San Gregorio, que dice (ibid.): «los que son hijos de Dios por su poder, como dice San Juan, qué tiene de admirable que puedan hacer prodigios por su poder?»

Al 2.º que Avicena asignó por causa de la fascinacion el que la materia corporal fue creada para obedecer á la sustancia espiritual, más bien que á los agentes contrarios en la naturaleza. Así, cuando el alma es fuerte en su imaginacion, la materia corporal se modifica segun ella; y esta dice ser la causa de la mirada fascinadora (2). Pero ya hemos demostrado

(1) Véase ademas la C. 114, a. 4 y su nota 2, pág. 897.

(2) V. la nota 4, pág. 920.

(3) Más bien que el aire, la luz, cuyo vehículo es el aire, y que en el espacio á que alcanza, y dentro del cual se encuentran en la misma direccion las miradas del fascinador y del fascinado, siéntese este impresionado por el influjo de aquel en el sentido espuesto en la nota 21: no cabe ni es hoy admisible otro inficionamiento del aire por los ojos ó las miradas de nadie, cual se ha solido atribuir por el vulgo á la del escorpion y algun otro animal dañino.

(4) Explícase este hecho de empañarse la luna del espejo, no por la presencia ó la mirada, sino por el hálito lanzado sobre ella en el acto de la respiracion ó espiracion, hallándose muy próxima al espejo la persona, cualquiera que sea, sin necesidad de suponerla mujer ni ménos en el estado aludido; si bien es por otra parte indudable que las emanaciones de esta en tal disposicion pueden alterar y áun corromper ciertas sustancias líquidas ó flúidas y áun sólidas, como repetidamente se ha observado en el vino, que fácilmente se pica ó avinagra á su contacto ó aproximacion, y en el ambiente mismo al alcance de miasmas de semejante procedencia; y

(C. 110, a. 2) que la materia corporal no obedece á la sustancia espiritual *ad nutum*, sino solo al Creador: y por lo mismo es preferible decir que por la fuerza imaginativa del alma se inmutan los espíritus unidos al cuerpo, cuya inmutacion se realiza más principalmente en los ojos, á donde concurren los espíritus más sutiles: los ojos empero inficionan (3) el aire continuo hasta determinado espacio; al modo que los espejos, siendo nuevos y limpios, contráen cierta impuridad, cuando se mira en ellos la mujer en la época de sus reglas (4), como dice Aristóteles (Lib. de somno et vig., ó lib. de insomniis, c. 2). Así pues, cuando algun alma se halla fuertemente escitada á la malicia, como principalmente sucede á las viejas; su aspecto se convierte segun el modo dicho en venenoso y dañino sobre todo para los niños, cuyo cuerpo es tierno y capaz de recibir fácilmente todas las impresiones. Es posible tambien que por permission de Dios ó por consecuencia de algun pacto (5) oculto coopere á esto la malignidad de los demonios, con quienes las viejas hechiceras tienen algun pacto.

Al 3.º que el alma está unida al cuerpo como su forma, y el apetito sensitivo, que obedece de algun modo á la razon, como se ha dicho (C. 81, a. 3), es acto de algun órgano corporal; y por lo tanto es preciso que el apetito sensitivo sea conmovido con alguna operacion corpórea á causa de la aprension del alma humana. Pero esto no es suficiente para modificar los cuerpos exteriores, sino mediante la inmutacion del propio cuerpo, como se ha dicho (al 2.º).

cuya esplicacion es harto obvia sin necesidad de especial competencia científica ni profesional, por su simple analogia con los olores y aromas fuertes de otras procedencias, como de flores, combustion, lagunas ó estercoleros, hospitales, cementerios y otros focos de corrupcion ó de intensos olores, que suelen producir jaquecas, convulsiones, síncope, áun la asfixia y la muerte.

(5) Pacto en la generalidad de las ediciones con Nicolai y la de Pádua de 1712; pues en la de 1698 con la antigua romana y áun la áurea (1773) se lee *facto*, tomada sin duda del código de Alcañiz, en el que la inicial *f* ó *p* se encuentra en forma ambigua ó dudosa. García propone *fato*, fundado al parecer en el código de Tarragona, que tambien confusamente parece así consignarlo. El contesto, y sobre todo atendido el adjunto epteto *oculto*, y segun lo que dejamos insinuado en la nota 4, pág. 898, nos decide á preferir sin vacilacion y en nuestro concepto con la mayor probabilidad de acierto la lectura y version de *pacto*, juzgando poco verosímil que en el autógrafo se leyera ni *facto* (hecho ó accion) ni *fato* (hado ó destino), que no se salvan fácil ni naturalmente en buena crítica.

ARTÍCULO IV. — El alma del hombre separada puede mover los cuerpos al ménos localmente ? (1)

1.º Parece que el alma humana separada puede mover localmente á lo ménos los cuerpos; porque en cuanto al movimiento local el cuerpo obedece naturalmente á la sustancia espiritual, segun lo dicho (C. 110, a. 3). Es así que el alma separada es una sustancia espiritual. Luego puede mover por su imperio los cuerpos exteriores.

2.º En el itinerario de Clemente (2) se dice, hablando Nicéas á Pedro, que « Simon el mago por arte mágica retenía » las almas de los niños muertos por él, » y que por ellas ejecutaba sus operaciones mágicas; y no hubiera podido hacer esto sin alguna transmutacion de los cuerpos al ménos local. Luego el alma separada tiene la virtud de mover los cuerpos localmente.

Por el contrario, dice Aristóteles (De anima, l. 1, t. 52 y 53) que « el alma no » puede mover un cuerpo cualquiera, sino tan solo el suyo propio ».

Conclusion. *El alma humana separada no puede por su propia virtud natural mover áun localmente cuerpo alguno; como ni unida puede mover á otro, que el propio vivificado por ella.*

Responderémos, que *el alma separada no puede por su virtud natural mover localmente cuerpo alguno*: porque es evidente que cuando *el alma está unida al cuerpo, no mueve á otro que el que ella*

(1) Véase la nota 2, pág. 583; y la C. 110, a. 3, cuyo asunto está íntimamente conexionado con este.

(2) Este libro, llamado *Itinerario de San Clemente bajo el nombre del Apóstol San Pedro*, fue calificado de apócrifo por Gela-

*vivifica*; y de aquí el que, si algun miembro del cuerpo queda amortiguado, no obedece al alma en cuanto al movimiento local. Es asimismo no ménos notorio que el alma separada no vivifica á ningun cuerpo; y por lo tanto *ningun cuerpo la obedece en el movimiento local, cuanto es de su virtud natural*; á la que puede añadirse algo por la virtud divina.

Al argumento 1.º dirémos, que hay ciertas sustancias espirituales, cuyas virtudes no están determinadas á algunos cuerpos, como los ángeles que estan naturalmente desligados de los cuerpos; y por lo tanto diversos de estos pueden obedecerles en cuanto al movimiento. Pero, si la virtud motiva de alguna sustancia espiritual es naturalmente determinada á mover algun cuerpo, no podrá aquella sustancia mover algun cuerpo mayor sino menor; porque segun los filósofos el motor del cielo inferior no podría mover el cielo superior. Por consiguiente, estando el alma segun su naturaleza destinada á mover el cuerpo, del cual es la forma; no puede mover por su virtud natural otro cuerpo que ese.

Al 2.º que, como dicen San Agustin (De civ. Dei, l. 10, c. 11) y San Crisóstomo (Super Math. hom. 29) « los demonios simulan frecuentemente ser almas » de los muertos, para confirmar el error » de los gentiles, que tal cosa creian: y » por lo tanto es creible que Simon el » mago era engañado por algun demonio, » que fingía ser el alma del niño muerto » por aquel ».

sio I, y se mira como escrito por los herejes y cismáticos; cuyas doctrinas por consiguiente se consideran como sospechosas cuando ménos y de ningun modo aceptables en su generalidad.

## CUESTION CXVIII.

De la transmision del hombre por el hombre en cuanto al alma (1).

Estudiemos ahora la transmision del hombre por el hombre; primeramente en cuanto al alma, y despues en cuanto al cuerpo. Acerca del primer punto se nos ofrecen tres dudas que resolver: 1.ª El alma sensitiva se transmite por la generacion? — 2.ª Y el alma intelectiva? — 3.ª Todas las almas fueron creadas al mismo tiempo?

ARTÍCULO I. — El alma sensitiva se transmite por la generacion? (2)

1.º Parece que el alma sensitiva no se transmite por la generacion, sino que es

(1) Espuesta en la anterior C. 117 la accion del hombre sobre los demas seres creados y en particular sobre el ángel y los otros hombres, concrétese en esta y la siguiente á la especialísima que ejerce en la transmision del ser á sus descendientes, ó sea, á los hijos por él mismo procreados, ya en cuanto al alma, objeto de la actual (C. 118), ya respecto del cuerpo, que lo es de la siguiente (C. 119) y última de esta 1.ª Parte de la SUMA TEOLÓGICA. Hácese aquí indispensable fijar bien las ideas y doctrina del Santo Doctor acerca de la unidad del principio vital. Habla en varios pasajes de almas viviente ó vegetativa, sensitiva ó animal, é inteligente ó racional; distinguiendo ademas en la 1.ª las que llama con Aristóteles y San Agustin nutritiva, aumentativa y generativa, que Voltaire prevalido de su ascendiente sobre los enciclopedistas de su siglo afirmó con inaudita procaçidad eran para el Ángel del escolasticismo otras tantas almas distintas y áun diferentes; siendo así que espresa y categóricamente repite este innumerables veces que solo son funciones diversas de una misma y sola alma vegetativa: como asimismo esta única base de la vida solo es el grado ínfimo del principio de la vitalidad propio de las plantas, que en los animales toma un segundo carácter ménos imperfecto de animismo con esponidad instintiva, y que por último en el hombre se eleva al supremo grado de la intelectualidad racional ó discursiva, en el que se refunden los dos inferiores de vegetabilidad y animalidad, viniendo así á constituir una sola alma inteligente á la vez que vegetativa y animal ó animativa; bien al contrario de lo que en su calumniosa imputacion pretendiera achacarle el impudentísimo filósofo de Ferney, envolviéndole en el crasísimo error del platonismo, segun el cual « en un solo cuerpo » habia diversas almas, distintas segun la diversidad de órganos: como hace notar el Ilmo. é ilustradísimo P. Ceferino, y el mismo Santo Tomás espone y refuta con el testimonio de Aristóteles y la razon en la C. 76, a. 3 de esta misma 1.ª Parte, en cuyo a. 1 deja ántes perfecta y clarísimamente demostrado que « el alma se une al cuerpo como forma sustancial del mismo », lo cual hace evidente para todo mediano pensador que no puede ménos de ser única é indivisible en su sustancia ó esencia, toda vez que un mismo y solo ser no es posible exista con ó en más de una sola forma. Tampoco pueden por lo mismo conciliarse con la verdadera y filosófica doctrina tomística ni las teorías sensualistas del cartesianismo, que afirmaba que los animales son puras máquinas, estableciendo así el automatismo animal; ni la del célebre médico alemán de Anspach, Sthal, cuyo animismo, que sus ponderadores prosélitos

criada por Dios; porque toda sustancia perfecta, que no es compuesta de materia y forma, cuando comienza á ser, esto no se efectúa por generacion, sino por creacion; pues nada se engendra sino de la

han intentado identificar con el del Doctor Angélico, como en efecto es el mismo en lo esencial y fundamental, lo bastante para no conceder al filósofo alemán la pretendida originalidad de su supuesto invento, pero que en pugna abierta con las enseñanzas radicales del Jefe del escolasticismo atribuye á los brutos un alma inteligente, resultando de aquí que « el » animismo de Stahl pertenece á Santo Tomás en lo que tiene » de verdad, y solo pertenece al médico alemán en su aplicacion errónea y en lo que tiene de exagerado » (Estudios... tomo 2.º, pág. 249, edic. de Manila, 1864); ni mucho ménos el « mecanismo de Boerhaave », ni las « *petitis archées* de » Van-Helmont », ni la « *sensibilidad general* de Bordeu », ni la « *irritabilidad* de Haller » (ibid. pág. 433); ni por fin y en general el inconexo sistema del vitalismo moderno, llámesele sensitivo ó como se quiera, que con su aplicacion de la fuerza vital, muy en armonía con la teoria general de las fuerzas de la naturaleza, con que el materialismo de hoy pretende explicar todos los fenómenos naturales, « no es otra » cosa (dice el sabio filósofo español citado, ibid. pág. 449) que » la esplicacion de los fenómenos que constituyen la vida por » medio de fuerzas, que son cualidades y propiedades de la » materia organizada, ó sea, por medio de fuerzas vitales, que » sean el resultado de la organizacion de la materia »,... « pues » para el vitalismo moderno las fuerzas que llamamos enten- » dimiento y voluntad son, lo mismo que las otras (la diges- » tiva, etc.), un resultado y una mera propiedad de la orga- » nizacion de la materia, y sus operaciones no son otra cosa » que movimientos y afecciones determinadas de los órganos » cerebrales ». « Este sistema (añade á continuacion, pág. 450), » conocido hoy tambien bajo el nombre de *Solidismo* y de *Doc- » trinas orgánicas*, tiene en la historia de la Filosofia un nom- » bre, que no es preciso recordar, el materialismo... degra- » dante... »; y concluye: « Epicuro y Lucrecio no tendrían » dificultad alguna en admitir el vitalismo profesado por esta » escuela ». « Así vemos á La Metrie elevar sobre el sistema » de la *irritabilidad* el edificio estúpidamente materialista de » su Hombre-Máquina ». Recomendamos al lector estudioso la atenta y detenida lectura de las consideraciones histórico-filosóficas interesantísimas sobre esta importante materia en la citada obra de nuestro eminente Mécenas, el Ilmo. Señor Obispo de Córdoba, que nada dejan que desear por su erudicion y profundidad, bien así como por su dialéctica contundente y su competentísimo criterio.

(2) Admitese aquí y se comprueba la doctrina de la escuela peripatética de que el alma sensitiva y vegetativa es trans-